

Theowald D'Arago Fiol*

Filosofía e imaginación Imaginación y filosofía

(¿Cómo imaginar en un mundo estático
y con pie de página? Imagino que imagino)

RESUMEN

Aunque el planteamiento de este trabajo es supuestamente realizado a partir de la imaginación e incluso hasta negando su posibilidad teórica, es básicamente un replanteamiento teórico (a partir de «la imaginación») que busca imaginar cómo sería (o hubiese sido) nuestra cultura eurocéntrica (llamada occidental), si hubiésemos realizado una ontología a partir de Heráclito en lugar de Parménides, es decir, de un mundo contingente y no estático. Cabría incluso preguntarnos, ¿habríamos realizado o conformado las mismas Epistemes, sustancialista-aristotélica-mecanicista-newtoniana-copernicana-cientificista-positivista?

Como se trata de «imaginar», concluimos con la posibilidad de la Hermenéutica, ya que ésta es el modo de ser del ser humano según Heidegger. Finalmente Nietzsche viene a auxiliarnos con su crítica a Kant y su objeción del escepticismo al responder qué es la tradición metafísica especialmente la kantiana, la que conduce directamente al escepticismo y nihilismo, oponiendo verdad y apariencia, cosa en sí y fenómeno.

ABSTRACT

Although the proposal of this work supposedly comes from the imagination and even denying its Theoretical possibility, it is Theoretically a proposal (starting from the «imagination»), that seeks imagine how Euro - central culture (called Occidental) would be (or how it would have been), if we should had performed and ontology starting from Heraclito instead of Parmenides, it means, from a contingent and not static world. It even makes sense to ask ourselves: had we make the same substantialist Aristotelic-Mecanilist-Newtonian-Copernican-Scientifist-Positivist Epistemes?

As asking about it is a matter of «imagining», we conclude with the possibility of Hermeneutics, because this is the way of being for the human being, according to Heidegger. Finally Nietzsche comes to help us with his critic to Kant and his objection to skepticism, when he answers what is the traditional Metaphysics, specially the Kantian, that leads directly to skepticism and Nihilism, opposing truth and appearance, the thing in itself and the phenomenon.

* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

LA FILOSOFÍA COMO ARTE

*Para mí crear es la cualidad del hombre,
aunque Arte y Filosofía (o a la inversa) están separadas
en la contemporaneidad, están recobrando retrogresivamente
su origen no dual.*

(Prólogo como epílogo)

Últimamente he escrito menos con el ánimo de publicar o de emitir opinión y conceptos en charlas, foros y conferencias, pues me parece «ingenuo» en medio de la confusión contemporánea, a raíz de la toma de conciencia de las limitaciones de la modernidad (con su promesa de «felicidad» por la Razón), la cual es lo que se ha dado en llamar posmodernidad, tratando de elucidar el problema desde lo teórico; cuando el fondo y el origen trascienden, rebasan cualquier especulación de ese orden. Creo que además del fin de la metafísica del sujeto, de la necesidad de desvelar la cosificación del ser, de aceptar o no que el único *ser* que podemos conocer es el lenguaje de la caducidad de las llamadas verdades eternas, de la muerte de dios, del arte, etc., hemos llegado al punto del retorno a *el origen*, donde deberíamos o tendríamos que comenzar, quizás, por hacer silencio... Pero como en éste, más que de filosofar de lo que se trata es de *imaginar*, me voy a permitir este corto —llamémoslo «ensayo»— ya que considero que monografiar la imaginación, sería como ensayar la razón.

* * *

Contemporáneamente podemos asumir que: *la filosofía* (en un sentido no clásico) es el hacerse *crítico* del lenguaje. La filosofía cambia, se retoma, avanza (con lo cual no estamos diciendo que *evoluciona* y progresa en el sentido moderno) con los tropiezos, a fuerza de golpes críticos, «de autolimitaciones del logos, de incrementos en la escala de la lucidez», como

dice Salvador Pániker. La lucidez de la *crítica* consiste en fragmentar la realidad en trozos para recuperar luego la realidad perdida por la vía del lenguaje que unifica lo separado, aunque hoy día sabemos que la naturaleza última de las cosas (esa que hemos querido expresar intelectuales, científicos y artistas) trasciende a las posibilidades del lenguaje... Ahora nos hemos quedado abismados, además de asombrados, como en la prehistoria... tendremos que mirar de nuevo hacia el *ORIGEN*; volver a preguntarnos por el *SER*.

Como sabemos, la tradición aristotélica concibe la imaginación en general como la posibilidad de producir o de evocar *imágenes* (las cosas sensibles mismas sin materia) independientemente del objeto al cual se refieren. Por eso la representación ideal de una cosa (entidad ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta) en la imaginación (facultad del alma que representa las imágenes de las cosas reales o ideales) es *inventarla, crearla*. La pregunta a hacernos es: ¿la representación ideal de una cosa en la imaginación, inventada, creada, de dónde surge, sólo de lo previamente percibido, conocido? ¿De lo real o de lo imaginario?

Esa representación de las imágenes de las cosas ideales o reales a la cual nos referimos como facultades del alma, que es *la imaginación*, nos proporciona facilidad para componer ideas, proyectos, etc... Pero si bien es cierto que generan invención-creación, en cuanto a lo que deseamos-buscamos, filosóficamente no nos proporciona certezas sino incertidumbre, ya que la imaginación nos da imágenes reales o ideales que pueden ser apreciaciones falsas, juicios de cosas que no tienen fundamento, que no tienen realidad.

Pero, ¿es que la imaginación tiene que versar sobre realidades y certidumbres? Para la razón y el principio lógico del origen de nuestro pensamiento (el occidental) parmenídeo, sí (y de ésto trataremos más adelante).

Sabemos que la imaginación productiva de la que trata la antropología se refiere siempre al formar aspectos de objetos, empíricamente posibles o imposibles. En cambio la imaginación productiva de la *Crítica de la razón pura* de Kant nunca se refiere a la formación de objetos, sino al objeto puro de la objetividad en general; es imaginación productiva pura, independien-

temente de la experiencia. Y por ella se hace posible la experiencia. Pero la imaginación productiva para Kant es puramente formal porque no produce más que las condiciones de la intuición, el espacio-tiempo.

Ahora, sin tener que atribuir a esas condiciones de la intuición, que según Kant es la imaginación, ningún poder mágico como lo hacen los románticos, o sin tener que, hegelianamente, distinguir entre fantasía creadora e imaginación inteligente como reproductora; lo que da al hombre un momento de imaginación libremente, es *el «Sacrilegio»*, ya que *éste es el que hace soñar al Hombre* (como diría Argullol), *un momento de libertad*. (*El fin del mundo como obra de arte*. Edit. Ensayo y Destino).

Pero este momento de libertad ¿no estará más cerca de *lo ingenioso* que de *lo imaginario*? Por ejemplo: la etimología señala el parentesco de las palabras ingenio e ingenuo (y aunque estamos acostumbrados a movernos a conciencia lúcidamente entre las dos) ambos significan innato, natural, aunque *ingenio* se refería a las habilidades no aprendidas, mientras que *ingenuidad* era la espléndida facultad innata de ser *libre*. En nuestra contemporaneidad ambos vocablos han llegado a ser antónimos. El *ingenioso* es atento y astuto, el *ingenuo* es cándido y candoroso (¿el imaginativo?).

Desde estos conceptos podríamos encontrar relación entre el arte, la imaginación, el sueño, el juego... y lo ingenuo; y entre la filosofía, la inteligencia, el «juego» entre la realidad y la verdad y el ingenio, en ese sentido «inconsciente» que «nuestro» mundo «moderno» articula o maneja estos términos. Con esto podemos ver una vez más, el poder anónimo que el lenguaje ejerce sobre nosotros...

¿Para poder *imaginar* que imaginamos deberíamos ser ingeniosos o ingenuos? ¿Por qué no volver a *imaginar* desde ambas posibilidades? Ingeniosamente.

Imagino que imagino... El problema de la *realidad* y la imaginación correspondiente data desde los inicios de la filosofía presocrática, con el pensamiento parmenídeo y su polémica con el de Heráclito. El fundador de la escuela eleática, analiza la solución que Heráclito da al problema metafísico, donde resulta que una cosa *es* y *no es a la vez*, puesto que el Ser consiste en estar siendo, en devenir, en fluir, en llegar a ser. Parménides

analizando esta idea encuentra una contradicción lógica: cualquier visión que hagamos, que percibamos sobre la realidad, nos pone frente a una contradicción lógica; colocándonos frente a un *Ser* que se caracteriza, por *no Ser*. Lo cual al parecer de Parménides es absurdo e ininteligible al igual que la filosofía de Heráclito. Se pregunta cómo puede alguien entender que lo que es no sea. Desde y a partir de este momento Parménides va a establecer un *principio de razón*, de pensamiento que no puede fallar «nunca» frente a las contradicciones, frente a los absurdos, a las ininteligibilidades de la filosofía. Ese principio no es otro que el que la Modernidad llamará *principio de identidad*; y todo lo que se aparte de eso es exponerse al error. Esto es lo que llamamos *el principio lógico del pensamiento*. Este ser además reúne los atributos de ser único, eterno, inmutable, ilimitado e inmóvil.

Para Heráclito, la igualdad está en la diferencia. Y sabemos que ese Ser de los entes es, por el contrario, múltiple, temporal, inmutable y finito. Pero para Parménides este mundo barroco, abstruso, todo *el mundo sensible*, es apariencia, es una ilusión de nuestros sentidos, de la percepción del hombre; concluyendo en la tesis de la distinción de *un mundo ininteligible*: el mundo sensible en el cual se generan todas las transformaciones no comprensibles, según él. Y un *mundo inteligible*, el cual se ha identificado con el pensamiento (Ser y Pensar son lo mismo). A este planteamiento donde Ser y Pensar se identifican, Parménides opone *un mundo* que no vemos, no tocamos, del cual «no» podemos imaginar cosa alguna, pero que «podemos comprender», ya que depende de «la ley lógica de la identidad», de la «no contradicción». Por primera vez y hasta nuestros días, durante 25 siglos este pensamiento queda establecido frente al otro, que es (según el autor) «falso», o por lo menos no entendible.

Reconociendo la importancia parmenídea, tanto históricamente, como la de la guía para descubrir *la «verdad» del Ser: la Razón, el Espíritu*, en un sentido extenso; sin embargo tenemos que ser asertivos al asumir también que desde y por Parménides nos encontramos *filosóficamente, ontológicamente* (hasta el advenimiento de Nietzsche y Heidegger) *estáticos*. Este Ser único, eterno, ilimitado e inmóvil de donde extrae Parménides su lógica, su ininteligibilidad, ha sido trasladado por nosotros los occidentales

a la sustancia y a la esencia de las cosas. Hemos convertido en estáticos, (a través del inconsciente colectivo e individual) todos los entes, las cosas.

La historia y la filosofía son nuestros mejores testigos. La concepción del Ser estático, ha sido rebasada por la física, y el mismo hombre contemporáneo, por lo tanto cabría preguntarse: Si el *Pensamiento* no es lo primero que tendría que *ser reimaginado*? Si la imaginación ha vivido más de dos milenios, pre-determinada por el pensamiento estático, mientras el mundo científico y tecnológico están en permanente movimiento, y las otras disciplinas surgidas de la misma filosofía, como la sociología, la psicología, la lingüística, la historia, y la misma retórica tan vilipendiada por aquella, interpretan y estudian temas tradicionalmente reservados a la Filosofía, ésta permanece gracias al sector tradicional que la cultiva como disciplina. Como dice el pensador contemporáneo español José Antonio Marina en su obra *Elogio y reputación del ingenio*,

«tengo la impresión, que la Filosofía ha de salir de su invernadero, para incorporarse al grupo de las Ciencias de vanguardia. El mundo científico está en ebullición, y la Filosofía parece una ancianita que se entretiene mirando fotografías amarillentas, que son su propia historia... La Filosofía ha sido siempre obra de Hércules solitarios, ya es hora de que «nosotros» los Filósofos perdamos esa altanería, que tan frecuentemente conduce a la esterilidad».

Si la tradición aristotélica, primera en tocar el tema de la *imaginación*, concibe a ésta, en general, como la posibilidad de producir o de evocar imágenes (las cosas sensibles sin materia) independientemente del objeto al cual se refieren, y si la representación espiritual de una cosa (entidad ya sea corporal o espiritual, natural o artificial, real o abstracta) en la imaginación es inventarla, crearla, la evocación (aplicando el mismo principio de identidad legado por Parménides) de las cosas sensibles mismas (la imaginación) obviamente no puede ser mas que ilusión, apariencia, ya que, como hemos observado, seguimos atrapados en la concepción estática, pero dual en cuanto a los mundos inteligible e ininteligible fragmentados desde el principio.

La totalidad de la Unidad contingente y orgánica que somos con el Universo viene siendo redescubierta y retomada por la ciencia contemporánea, pero la Filosofía (o quizás más bien los «filósofos», o parte de ellos)

o la que ha sido asumida como ideología, continúa con la herencia cartesiana-kantiana (la modernidad) obviamente dual en su relación sujeto-objeto. Desde el siglo XVII René Descartes basa su visión de la Naturaleza en dos mundos separados e independientes, el de la mente (*res-cogitans*) y el de la materia (*res-extensa*). La famosa frase de Descartes (*cogito ergo sum*) continuó manteniendo al hombre identificado con su mente, en lugar de hacerlo con la totalidad. Creemos que es hasta *naif* volver sobre lo tan consabido de nuestra *Unidad* inalienable. La fragmentación interna del hombre expresa la conciencia del mundo «exterior» visto como una multitud de acontecimientos y objetos separados.

Como vemos, el nacimiento de la ciencia moderna con Descartes y el mecanicismo con Newton, ahondó la concepción dual espíritu-materia. Sin embargo la ciencia del siglo XX supera esta fragmentación y regresa a los orígenes de Totalidad-Unidad, *lo único*, concebida por los primeros filósofos griegos y por otras culturas.

Nuestra proposición radica en saber que si la imaginación, la representación ideal de una cosa, es *inventarla-crearla*, tendríamos que trascender nuestra filosofía como lo viene haciendo la ciencia consigo. Pero la aporía en la cual se ha recluso el pensamiento tradicional se obstina, parece preferir la imagen de la ancianita mencionada, o la auto aniquilación antes que *CREAR, inventar, imaginar*. ¿Acaso ser sacrílego? Sin embargo, *no* es tan difícil representar las cosas reales o imaginarias, pues éstas hablan por sí mismas en su contingencia.

La expresión «*inventar*» *posibilidades en la realidad*, puede sonar extraña, porque en castellano la palabra invención cambió hace siglos de significado. Los primeros diccionarios recogieron la palabra *invención* con el significado de fabulaciones y mentiras, con lo que perdieron la acepción original, que era *encontrar*. *Crear es inventar posibilidades*, es decir, *encontrarlas*. Lo posible que aún no existe, surge de la acción de la imaginación sobre la realidad. Volvemos a lo mismo, *si la realidad-real* (valga el término) *es contingente, azarosa y necesaria* (no estática), *las posibilidades de inventar, crear, encontrar, son todas*. Claro está que en un mundo estático-dual (ser-pensar y sensible-apariencia) el Hombre ha quedado extrañado de sí mismo, colocándose «objetivamente» (como cosa-objeto) en lugar de como

lo que es, la Totalidad orgánica. La actitud conservadora de la filosofía es legítima y comprensible, más no justificable, pues verse metafísicamente, en una ontología estática, es coherente en todo sentido, hasta en la sensación de la *angustia*, ya que ésta no es más que la conciencia de la posibilidad y ésta es en sí misma movimiento, y para el hombre de la «certeza estática», la «seguridad» ontológica y la inseguridad metafísica de su limitado «yo», *al verse* obligado a *elegir* en el mundo de la angustia creada por la «certeza» estática. El mundo incierto de la contingencia, de la permanente finitud, múltiple y móvil, el que obliga a vivir en vilo, con la certeza de que nada nos asegura, una elección acertada, nos permitiría sentirnos finalmente como somos... sin la culpa de (sabernos) pensarnos lo que somos... siendo... ¿Infinito? con principio y sin fin. ¿Eterno? Sin principio, ni fin. ¿Finito? ¿Con principio y fin?

Nietzsche sustituye el concepto de *Ser* por el de Voluntad de Vida (sin por esto ser un puro biologicismo a pesar de no superar la metafísica del yo) para hacer ver que el *Ser* no es más que interpretación (genealogía y hermenéutica, no génesis y concepto); que vivir es evaluar, poner significados, crear valores en los que se prefigura *el tipo de vida* que los crea. El problema para Nietzsche no es el de la esencia de la verdad, sino el del Sentido de la voluntad que quiere lo verdadero.

Nosotros, los hombres contemporáneos, «herederos» de los griegos inventores del conocimiento, sobre la base de un mundo estático, somos también herederos de su desgarramiento al asumir la tragedia de la dualidad Pensamiento-Ser, sensibilidad-apariencia, metafísica del yo, que hoy, con la toma de conciencia de las limitaciones de la modernidad (la «posmodernidad»), ha hecho patética su permanente aporía por las limitaciones del pensamiento subordinado a la Razón estática.

«Es propio de sabios reconocer que todo es uno», dice Heráclito. «Donde yo empiece, a ello volveré», dice Parménides. Pero ambos puntos de vista transitan caminos distintos, donde la realidad es manifestada, observada y admitida desde posiciones antagónicas. Sin embargo, es cierto que ambos parten de *la no dualidad* de donde venimos; como hemos visto originariamente, el *Ser* de la metafísica del yo, establece *la dualidad del lenguaje* para retornar, como todo, a *la no dualidad* (como toda finitud).

Estas dos posiciones esenciales, la división, la dualidad y la unidad, la fragmentación y el retorno al origen, no están disociadas en los griegos, en los orígenes del pensamiento, y se irá distendiendo con el tiempo. El transcurrir de esta disminución de tensión es el proceso que se ha dado en la historia de la filosofía hasta nuestros días con la nueva ciencia. Aquí es desde donde nos referimos «al milagro griego», el cual es primero que todo o antes que nada una manifestación lingüística.

En Grecia lo primero (lo único) asible nos lleva al uno/todo de Heráclito al Ser de Parménides, al *apeiron* de Anaximandro, al Universo vivo de Pitágoras, a la materia eterna de Anaxágoras. Es lo que podríamos llamar la otra Racionalidad griega, es decir, la primera, la del origen donde nos encontramos, con una tácita vivencia común, una común intuición. Con el tiempo se va desensibilizando ésta y se va perdiendo algo en la medida en la cual se obtiene algo. Platón y Aristóteles ganan en *abstracción*: su *logos* (su lengua) es capaz de unir de nuevo lo que separan, lo cual no era posible con el lenguaje presocrático; pero como hemos visto, la original no separación se perdió hasta nuestros días; es decir, se perdió la conciencia del origen que sintetiza la genealogía de los presocráticos con su no-separación. Heráclito no es ni desordenado ni ordenado; es anterior a la fragmentación, la separación al desorden-orden. La interpretación de Heráclito por eso debe ser hecha desde sí misma o desde Heidegger y no pos-socráticamente desde Platón y Aristóteles. El aislamiento de cualquier denominación no es más que una parte de la verdad, por eso Heráclito no dirá, por ejemplo, día sino día-noche. *El aislamiento de cualquier nombre no es más que un lado de la verdad.*

Es necesario hacer una retrospectiva de los antiguos para poder connotar la visión, que de *realidad e imaginación* seguimos teniendo hasta la aparición de la nueva ciencia, en nuestro siglo XX. Realmente por muy obstinados que hayamos sido, creemos que a través del *ejercicio crítico* y retroprogresivo, «sin abjurar» de lo «moderno», podemos reconocer el vislumbre que los antiguos tuvieron y que puede ser realizado por nosotros con una visión mucho más acertada que la de ellos. «Se trata de un ejercicio complejo, que consiste en utilizar el pensamiento actual y a la vez *'deconstruir'* ese pensamiento tratando de recuperar el origen al interpretar-

lo retroprogresivamente», como nos diría Paniker.

Esta *hermeneútica*, entendida como lo hace Heidegger, *no es un método que se pueda diseñar, enseñar y aplicar*. Él sostiene que *ser humano es ser «interpretativo», porque la verdadera naturaleza de la realidad humana es interpretativa; por tanto, la interpretación no es un instrumento para adquirir conocimientos, es el modo natural de ser de los seres humanos*.

Sobre la base de la hermeneútica entendida en los términos manifiestos, hemos hecho esta genealogía ya que es retrospectiva. El punto de partida (sin por eso ser necesariamente hegelianos) es «siempre» el punto de llegada, y de este modo se va reconstruyendo perpetuamente la cultura. Por ejemplo, podríamos decir, con Salvador Paniker, «que para entender a Heráclito sería necesario haber entendido previamente a Heidegger». Al remontarnos al origen descubrimos que todo conocimiento es de algún modo reconocimiento. Lo vislumbró Platón, lo ha recordado Heidegger:

«La Filosofía como constante movimiento de regreso al fundamento (*grund*) aunque finalmente el fundamento se esfume...».

Para concluir queremos hacerlo con Nietzsche (en un párrafo del libro: *Nietzsche crítico de Kant* de Oliver Rebool) y su objeción del escepticismo, al responder qué es la metafísica tradicional, especialmente la kantiana, la que conduce directamente al escepticismo y nihilismo, oponiendo verdad y apariencia, cosa en sí y fenómeno.

«Si abolimos la idea de un «mundo verdadero», la de un mundo aparente e ilusorio se desvanece por ese hecho. Si rechazamos las leyes *a priori* de la objetividad a las que Kant pretendía someter los fenómenos, *hacemos justicia a la Imaginación* y al sueño. Pues Nietzsche, muy lógicamente, admite con Kant que si abolimos el principio de causalidad y admitimos *la contingencia radical de todo*, nada distingue ya la realidad del sueño. *Pues el principio de unión de las cosas ya no es nuestro entendimiento, sino nuestros sentidos*. Desde antes de *El nacimiento de la tragedia* afirmaba: ... 'La subjetividad del Universo es una subjetividad no antropomórfica sino cósmica: somos los personajes que pasan en el sueño de un Dios y que se convierten en lo que él sueña' (*La voluntad de poder*). Y en 1885 continúa transportando el ensueño de Dios al Hombre: 'La vida es un sueño despierto, el hombre mientras más refinado y complejo sea, más siente la espantosa y sublime contingencia de su vida, de su querer, de su éxito, de su felicidad, de sus intenciones. Tiembla como el soñador que siente durante un momento que sueña...' (*La voluntad de poder*)».

La vida es un sueño, la vida es sueño. Sólo que, como en el mensaje final de la obra de Calderón —depende del soñador— que sabe que sueña el crear la calidad de su sueño. El hombre que no cree en la calidad de las leyes de lo real no tiene otra salida que ser el dueño y el creador de las cosas, «el empresario de la fiesta de la existencia». La imaginación al poder: sí, pero solo en aquellos que poseen la fuerza, el ánimo, el refinamiento del CREADOR.

¿Imagino que imagino? En la contingencia, retroprogresivamente.